

Gregorio Luri

AUTOR DE 'L'ESCOLA CONTRA EL MÓN'

A *L'escola contra el món* (La Campana), Gregorio Luri analiza la escuela catalana desde un punto de vista marcado por el optimismo. El autor no comparte las visiones apocalípticas que se ciñen sobre la realidad de la enseñanza en Catalunya y asegura que en el país hay grandes escuelas públicas y privadas. Lo que se debería hacer, según Gregorio Luri, es transformar la propia experiencia en norma educativa.

“Deberíamos transformar en ley nuestra experiencia educativa”

■ LLEIDA

Francesc Guillaumet

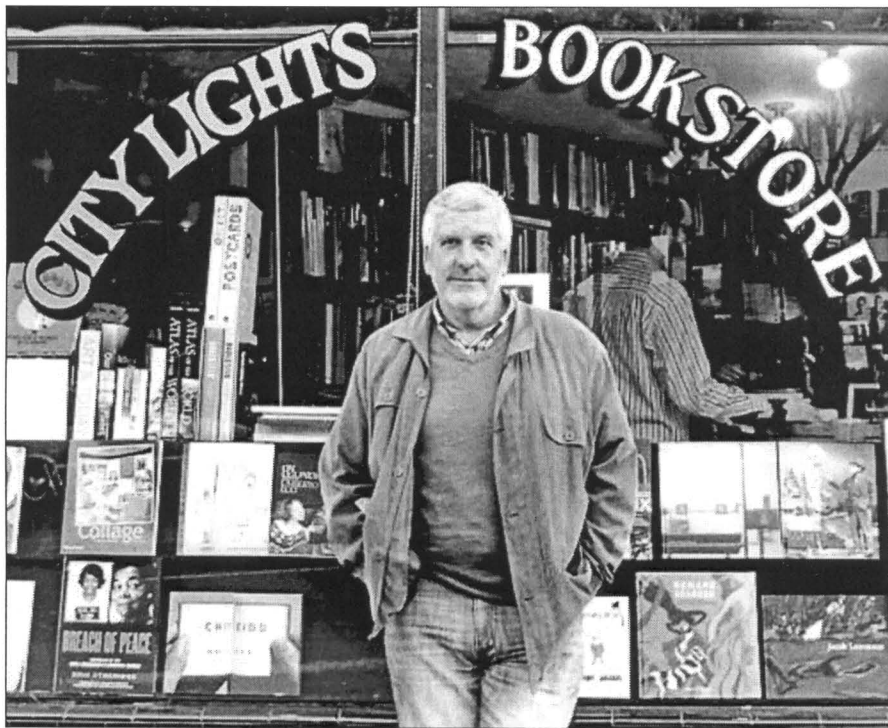
Gregorio Luri (Navarra, 1955) tiene una vasta experiencia en el mundo de la educación. Premio Extraordinario de Licenciatura en Ciencias de la Educación y Premio Extraordinario de Doctorado en Filosofía, el autor habla de la enseñanza desde un punto de vista más optimista y lejos de las lecturas pesimistas que abundan sobre esta cuestión. De hecho Gregorio Luri aboga por unas leyes de educación que apuesten por la experiencia y huyan de las modas.

– **Dicen que 'L'escola contra el món' es un libro optimista. ¿Se puede ser optimista en este ámbito?**

– Es un libro optimista, pero no desde un punto de vista de los hechos, sino de la voluntad. Me explico. Es verdad que la escuela catalana tiene problemas pero creo que no hace falta que le añadamos más. Creo que no podemos aplaudir a los agoreros de la educación, unos personajes que se dedican a mirar con lupa los defectos de la enseñanza para luego divulgarlos. Y yo pregunto... ¿Qué institución se salvaría así? Lamentablemente creo que en Europa se está generalizando un nuevo género literario, que es la crítica a la escuela. En Alemania, por ejemplo, uno de los *best-sellers* de este año ha sido *El libro del odio al maestro*. No podemos entrar en este juego.

– **¿Con qué países se puede comparar la escuela catalana?**

– La escuela catalana está sometida a múltiples presiones y creo que lo que no podemos hacer es compararla con Finlandia, que tiene una realidad totalmente distinta. Mientras Finlandia tiene una población muy estable, en Badalona, para poner un ejemplo, no se puede hacer una programación del curso cuando no se sabe cuántos alumnos llegarán nuevos mañana y que además procederán de culturas y de lenguas muy diversas. La situación es diferente y se debe abordar de forma diferente. Y esto no quiere decir que la escuela catalana se tiene que blindar a la crítica, pero sí que se debería reconocer el esfuerzo que se realiza.



– **¿Si no nos podemos comparar con Finlandia, con quiénes debemos compararnos?**

– A tenor de nuestra realidad, quizás nuestro reto sería mirar hacia las regiones del norte de Italia. Pero los últimos análisis pesimistas que se han hecho de la educación catalana en los últimos años son muy similares a los que se hacen en California, donde hay un 30% de fracaso escolar.

Yo creo que tendemos a un proteccionismo moral hacia la inmigración, pero lo cierto es que en países como Alemania el fracaso no está ligado a la llegada masiva de inmigrantes, sino a algunos

colectivos. En el país germánico el rendimiento de los alumnos procedentes de los países del este es más alto que el de los propios alemanes y en Estados Unidos los alumnos orientales tienen un rendimiento más alto que los autóctonos. No pasa lo mismo con la población de color o con los sudamericanos, cuyo rendimiento es más bajo. Pero sin embargo en Santa Ana, en California, los alumnos de color y sudamericanos no fracasan. ¿Qué quiere decir esto? Pues que las escuelas realizan un buen trabajo. Pues si entendemos que no existe ningún fatalismo en la educación no hay nada que nos impida ser optimistas. Y

es que a lo mejor lo que nos pasa es que aún no hemos encontrado las fórmulas adecuadas.

– **¿Cuál es la fórmula, pues?**

– Creo que tenemos que estar menos pendientes del exterior y aprender a transformar nuestras experiencias en norma educativa. Hasta el año pasado los inspectores de educación aconsejaban no poner notas, sino evaluar con el “progreso adecuado”. Pero este año los mismos inspectores ya piden volver a la calificación de suficiente, bien o notable. Cuando nos perdemos con tanta normativa tendemos a estar más pendientes de las

modas que de nuestra propia experiencia educativa. Para poner un ejemplo, en Castilla hay una zona que logra unos resultados educativos tan positivos como Finlandia o Baviera. ¿Por qué no miramos hacia allí, pues? Los países que tienen éxito son los que son coherentes con su tradición. En Catalunya tenemos buenas escuelas, pues lo que hace falta es transformar nuestra experiencia en ley.

– **¿Hace falta una nueva Lei d'Educació?**

– Actualmente estamos demasiado cargados de ideologías. Si pudiera escoger entre una ley que fuese maravillosa para los sindicatos y otra que fuese mediocre pero

que tuviese el consenso del Parlament me quedaría con la segunda. Y sin duda sería la mejor, porque el consenso garantiza la estabilidad. En el campo de la educación hemos intentado muchas cosas y quizás ya es el momento de apostar por la estabilidad.

– **¿Hace falta recuperar la autoridad del maestro?**

– Reivindico la autoridad, pero una autoridad etimológica, una autoridad vinculada al término latino *auctoritas*. Un autor, en literatura, es el que tiene cosas que decir, las dice bien y confía en lo que dice. En los últimos años se ha disuelto el concepto de autoridad del maestro para dejar paso a la espontaneidad del niño, pero con esto nos hemos jugado, también, la autoridad de los contenidos.

– **¿Y sobre el esfuerzo?**

– La escuela no funciona sólo con buena voluntad porque los resultados también importan. Un lampista que no hiciera bien el trabajo no cobraría, por muy buena voluntad que pudiese en su trabajo. Pues la escuela debe jugar un papel mediador entre la familia, que nos trata por ser quien somos, y la sociedad, un espacio donde debemos responder y donde nos aprecian por lo que sabemos hacer.

– **Para acabar. ¿Las nuevas tecnologías distancian al profesor del alumno?**

– Introducir las nuevas tecnologías en la escuela es necesario, pero creo que falta una reflexión profunda sobre lo que suponen pedagógicamente. Todos recordamos a buenos profesores. Son aquellas personas que, de manera espontánea, transmitían valores.

Las nuevas tecnologías son muy útiles, pero les falta este segundo elemento que tenían los buenos profesores. En este sentido también se debe diferenciar entre la sociedad de la información, una sociedad capaz de almacenar contenidos y hacerlos circular a grandes velocidades, y la sociedad del conocimiento, las personas capaces de discriminar los contenidos más valiosos. Si la sociedad de la información crece tanto y tan rápido y no hay expertos capaces de seleccionar la información estamos perdidos.

“La realidad de Finlandia es muy distinta a la nuestra, donde las escuelas no saben cuántos alumnos tendrán mañana”

“Entre una ley avalada por los sindicatos y otra con apoyo del Parlament opto por la segunda porque ofrece estabilidad”